


PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Tercer curso
Lengua y Literatura

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Tercer curso
Lengua y Literatura

Conciencia breve

Iván Égüez

Esta mañana Claudia y yo salimos, como siempre, rumbo a nuestros empleos en el cochecito que mis padres nos regalaron hace diez años por nuestra boda. A poco sentí un cuerpo extraño junto a los pedales. ¿Una cartera? ¿Un ...? De golpe recordé que anoche fui a dejar a María a casa y el besito candoroso de siempre en las mejillas se nos corrió, sin pensarlo, a la comisura de los labios, al cuello, a los hombros, a la palanca de cambios, al corsé, al asiento reclinable, en fin.

—Estás distraído, me dijo Claudia cuando casi me paso el semáforo. Después siguió mascullando algo pero yo ya no la atendía. Me sudaban las manos y sentí que el pie, desesperadamente, quería transmitir el don del tacto a la suela de mi zapato para saber exactamente qué era aquello, para aprehenderlo sin que ella notara nada. Finalmente logré pasar el objeto desde el lado del acelerador hasta el lado del embrague. Lo empujé hacia la puerta con el ánimo de abrirla en forma sincronizada para botar eso a la calle. Pese a las maromas que hice, me fue imposible. Decidí entonces distraer a Claudia y tomar aquello con la mano para lanzarlo por la ventana.

Pero Claudia estaba arrimada a su puerta, prácticamente virada hacia mí. Comencé a desesperar. Aumenté la velocidad y a poco vi por el retrovisor un carro de la policía. Creí conveniente acelerar para separarme de la patrulla policial pues si veían que eso salía por la ventanilla podían imaginarse cualquier cosa. ¿Por qué corres?, me inquirió Claudia, al tiempo que se acomodaba de frente como quien empieza a presentir un choque.

Vi que la policía quedaba atrás por lo menos con una cuadra. Entonces, aprovechando que entrábamos al redondel, le dije a Claudia saca la mano que voy a virar a la derecha.

Mientras lo hizo, tomé el cuerpo extraño: era un zapato leve, de tirillas azules y alto cambrión. Sin pensar dos veces lo tiré por la ventanilla. Bordeé ufano el redondel, sentí ganas de gritar, de bajarme para aplaudirme, para festejar mi hazaña, pero me quedé helado viendo en el retrovisor nuevamente a la policía. Me pareció que se detenían, que recogían el zapato, que me hacían señas. —¿Qué te pasa? —me preguntó Claudia con su voz ingenua. —No sé, le dije, esos chapas son capaces de todo.

Pero el patrullero curvó y yo seguí recto hacia el estacionamiento de la empresa donde trabaja Claudia. Atrás de nosotros frenó un taxi haciendo chirriar los neumáticos. Era otra atrasada, una de esas que se terminan de maquillar en el taxi.

—Chao amor, me dijo Claudia, mientras con su piecito jugueteón buscaba inútilmente su zapato de tirillas azules.

Tomado de Egüez, I. (1991). *El triple salto (cuentos)*. Ecuador: Abrapalabra Editores.

Iván Egüez (1944). Novelista, poeta y ensayista ecuatoriano. Desempeñó, además, diversos cargos diplomáticos y, como delegado del Ecuador, concurrió al Consejo Mundial de La Paz, en Estocolmo. Algunos de los trabajos de este autor han sido traducidos al francés, checo, alemán, ucraniano, italiano, búlgaro.

La casada infiel

Federico García Lorca

Federico García Lorca
Y yo que me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.

Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso
se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.

En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.

El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.

Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.

Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo, el cinturón con revólver.
Ella, sus cuatro corpiños.

Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.

Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.

Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.

No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.

Sucia de besos y arena,
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande, de raso pajizo.

Y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

Tomado <https://bit.ly/2FoSwTl> (12/03/2018)

Federico García Lorca (1898-1936). Poeta miembro de la mítica Generación del 27, es el mayor referente de la literatura española del siglo XX. También escribió numerosas obras de teatro.

Anatomía del vacío

Galo Rodríguez Arcos

Sí, amada mía,
hermana de labios celestes,
¿por qué besar tu boca?
numen del límite dorado
sabiendo que la noche
delinea la anatomía del vacío.

Viajera solitaria como el hombre,
infinitas arterias
que un día caen como estrellas ignoradas.

Son infinitas las flechas del alma,
huellas de sombra,
ligeras de tiempo.

Sé que el amor abre las puertas de la edad
para dejar escapar
las mariposas deslumbrantes.

Sé que el carbón de tu cuerpo,
metal cumplido,
se puebla de átomos en el vacío.

No, no quiero besar la fina boca
de la verdad que hiera.
Renuncio al pez que me ofrece el río,
renuncio al espejo que refleja mi destino,
renuncio a la hoja de mi vida
por un ser que yo ignoro.

No, no quiero besar a la flor de la uva
ni a las pupilas del amor
en que se orillan mis límites,
venas de la voz y del vacío.

Tomado de Rodríguez, G. (2011). *Manuelita*. Quito: Editorial Jurídica del Ecuador.

Galo Rodríguez Arcos (1944). Escritor ecuatoriano. Entre sus obras destacan *Lázaro Condo*, *El péndulo de la vida*, *Homenaje a los días sin nombre*.

Susannah

Katherine Mansfield

Por supuesto nunca se hubiera hablado de ir a la feria si a papá no le hubiesen regalado las entradas. Una niñita no puede esperar paseos y regalos que cuestan más dinero, cuando solo el alimentarla, comprarles ropa, pagar su escuela y la casa en la que vive obliga al papá bueno y generoso a trabajar duro todos los días el día entero de la mañana a la noche...

—Excepto los sábados a la tarde y los domingos —dijo Susannah.
—¡Susannah! —mamá estaba espantada—. ¿No sabes lo que le pasaría a tu pobre papá si no tuviese un descanso los sábados a la tarde y los domingos?

—No —dijo Susannah. Parecía interesada—. ¿Qué le pasaría?

—Moriría —dijo mamá para impresionar.

—¿De verdad? —dijo Susannah abriendo los ojos. Parecía sorprendida, y Sylvia y Phyllis, que tenían cuatro y cinco años más que ella, dijeron a coro “Claro que sí”, con un tono muy superior. ¡Qué bebida era que no sabía eso! Sonaban tan convencidas y alegres que mamá se estremeció levemente y se apuró a cambiar de tema...

—Así que por eso —dijo algo vagamente—, deben agradecer cada una por su cuenta a papá antes de salir.

—¿Y nos dará entonces el dinero? —preguntó Phyllis.

—Y entonces le pediré lo que sea necesario —dijo su mamá firmemente. De pronto suspiró y se puso de pie—. Vayan, chicas, y díganle a Miss Wade que las vista, que ella se prepare y que baje después al comedor. Y ya sabes, Susannah, no vas a soltarte de la mano de Miss Wade desde el momento en que crucen la entrada hasta que vuelvan a salir.

—Bueno... ¿y si ando a caballo? —preguntó Susannah.

—Andar a caballo... ¡tonterías, niña! ¡Eres demasiado chica para andar a caballo! Solo niñas y niños mayores pueden montar.

—Hay caballitos de madera para los más chicos —dijo Susannah, imperturbable—.

Lo sé, porque Irene Heywood anduvo sobre uno y al bajarse se cayó.

—Mayor razón aún para que no te subas —dijo mamá.

Pero Susannah la miró como si caerse no le causara el menor espanto. Al contrario.

Acerca de la feria, sin embargo, Sylvia y Phyllis sabían tan poco como Susannah. Era la primera que llegaba a esa ciudad. Una mañana, mientras Miss Wade, la criada, las llevaba apurada a lo de los Heywood, cuya institutriz compartían, habían visto carromatos cargados de grandes y largas planchas de madera, bolsas, algo que parecían puertas con marco y todo, y astas blancas, pasando por el ancho portón del Campo de Juegos.

Y a la hora en que eran llevadas al apuro a casa a comer, los comienzos de una cerca alta y fina se levantaban bordeando por dentro el alambrado, punteado por astas de bandera. Desde adentro llegaba un tremendo ruido de martillazos, gritos, golpes metálicos; una pequeña locomotora, bien escondida, hacía chuf-chuf-chuf ¡Chuf! Y redondas y lanudas esferas de humo eran arrojadas por sobre la cerca.

Primero fue el día después de pasado mañana, después simplemente pasado mañana, después mañana, y por fin, el día en sí. Cuando Susannah despertó por la mañana, un pequeño punto dorado de luz la miraba desde la pared; parecía como si hubiese estado en aquel lugar desde hacía mucho tiempo, esperando para recordarle: “Es hoy... irás hoy... esta tarde. ¡Aquí está!”.

Segunda versión

Esa tarde se les dio permiso para recortar jarras y palanganas del catálogo de la tienda, y a la hora del té, tomaron té de verdad en las tacitas de muñeca puestas en la mesa. Era muy divertido, solo que la tetera de juguete no servía el té, aun después de hurgarla con un alfiler y de soplar por el pico.

Pero a la tarde siguiente, que era sábado, papá volvió a casa con muy buen ánimo. La puerta de entrada se cerró con tanta fuerza que toda la casa tembló mientras llamaba a los gritos a mamá desde la salita.

—¡Oh, qué bueno eres, querido! —exclamó mamá—, pero también, qué innecesario. Claro que les encantará. ¡Pero haber gastado tanto dinero! ¡No tendrías que haberlo hecho, papito! Ya lo habían olvidado por completo. ¡Y qué es esto! ¿Además media corona?

—dijo mamá—. ¡No! Dos chelines —se corrigió rápidamente—, ¿para gastarlos? ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Bajen enseguida!

Bajaron, Phyllis y Sylvia primero, Susannah algo más atrás.

—¿Saben lo que ha hecho papá? —y mamá levantó la mano. ¿Qué tenía allí? Tres entradas de color cereza y una verde—. Les compró entradas. Van a ir al circo, esta misma tarde, las tres, con Miss Wade. ¿Qué dicen a eso?

—¡Lindísimo, mamá! ¡Lindísimo! —gritaron Phyllis y Sylvia.

—¿No es cierto? —dijo mamá—. Corran arriba y díganle a Miss Wade que las prepare. No se entretengan. ¡Arriba, vamos! Las tres. Phyllis y Sylvia salieron volando, pero Susannah permaneció al pie de la escalera, con la cabeza gacha.

—Vamos —dijo mamá. Y papá dijo severo:

—¿Qué diablos le pasa a esta chica? La cara de Susannah tembló:

—No quiero ir —dijo en un murmullo.

—¡Qué! ¡No quiere ir al circo! Después que papá... ¡Niña maleducada y desagradecida! O vas al circo, Susannah, o te vas a la cama enseguida.

La cabeza de Susannah se inclinó más aún. Todo su cuerpecito se inclinó hacia delante. Parecía como si fuera a hacer una reverencia, una reverencia hasta el piso, ante su padre bueno y generoso, y pedirle que la perdonara...

Tomado de Varios autores. (2007). *Leer x leer. Textos para leer de todo, mucho y ya*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.

Katherine Mansfield (1888-1923). Escritora neozelandesa, una de las más originales y sugestivas cuentistas del siglo XX. Entre sus obras tenemos *La fiesta en el jardín*, *En la Bahía*, *Felicidad*.

Pasadología

Jorge Enrique Adoum

a contrapelo a contramano
contra la corriente
a contralluvia
a contracorazón y a contraolvido
a contragolpe de lo sido
sobreviviendo a contracónyuge
a contradestino y contra los gobiernos
que son todo lo absurdo del destino
a contralucidez y contralógica
a contrageografía (porque era
contra pasaportes dictadores continentes
y contra la costumbre
que es más peor que nuestros dictadores)
contra tú y tus tengo miedo
contra yo y mi certeza al revés
contra nosotros mismos
o sea contratado
y todo para qué

Tomado de Adoum, J. (1998). *Poesía viva del Ecuador*. Quito: Grijalbo Ecuatoriana.

Jorge Enrique Adoum (1926-2009). Escritor, poeta, narrador, ensayista, periodista de la radio y la televisión de Francia, docente de Literatura, redactor cultural y diplomático ecuatoriano. Durante dos años fue el secretario privado de Pablo Neruda.

Cuerpo de la amante

Jorge Carrera Andrade

Pródigo cuerpo:
dios, animal dorado,
fiera de seda y sueño,
planta y astro.

Fuente encantada
en el desierto.

Arena soy: tu imagen
por cada poro bebo.

Ola redonda y lisa.
En tu cárcel de nardos
devoran las hormigas
mi piel de náufrago.

Tu boca, fruta abierta
al besar brinda
perlas en un pocillo
de miel y guindas.

Mujer: antología
de frutas y de nidos
leída y releída
con mis cinco sentidos.

Nuca:
escondite en el bosque,
liebre acurrucada
debajo de las flores.

Alabastro lavado,
en medio del torrente,
mina
y colmena de mieles.

Nido
de nieves y de plumas.
Pan redondo
de una fiesta de albura.

Tu cuerpo eternamente está bañándose
en la cascada de tu cabellera,
agua lustral que baja
acariciando peñas.
La cascada quisiera ser un águila
pero sus finas alas desfallecen:
agonía de seda
sobre el desierto ardiente de tu espalda.

La cascada quisiera ser un árbol,
toda una selva en llamas
con sus lenguas lamiendo
tu armadura de plata
de joven combatiente victoriosa,
única soberana de la tierra.

Tu cuerpo se consume eternamente
entre las llamas de tu cabellera.

Tomado de Carrera Andrade, J. (2013). *Antología*. Quito: La Caracola Editores.

Jorge Carrera Andrade (1903-1978). Es uno de los más insignes poetas ecuatorianos. Su poesía se propone darle voz poética a los mundos simbólicos más característicos del Ecuador. Entre sus obras destacan *Estanque inefable*, *Boletines de mar y tierra* y *Microgramas*.

Vida retirada (fragmento)

Fray Luis de León

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido;

que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio Moro, en jaspes sustentado!

No cura si la fama
canta con voz su nombre, pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado;
si, en busca de este viento,
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro calmo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Tomado de <https://bit.ly/2JqfvBa> (01/10/2017)

Fray Luis de León (1527-1591). Destacado escritor español. Además fue monje, profesor y traductor. Entre sus poemas más destacados están *Amor casi de un vuelo* y *Del mundo y su vanidad*.

Galaxias

Laura Solórzano

Como un espectro potencialmente expresado
coloco aquí mi cabeza constante
y caigo crucial
cuando recargo el templo del texto
como una cana en el suelo: eres un adiós
específico o un adiós musical
hecho de nudos ilógicos (me digo).

Ser una especie en extinción.
una especie de cita en la secretaría del lector diluido
y en un evento de bajo perfil
bajan los poemas por el bajante del concepto
y braman de hambre (ellos son)
en el espacio de las expediciones
desequilibrios darwinianos.

¿Azules designios de filosófica frambuesa
en un teatro dominical?
Como una cita con el sueño del sentido
va mi texto tarareando en su rotura
y en su vistazo de búmeran
como un candado hacia atrás, como un verano

Tomado de Solórzano, L. (2013). *Excursión al bosque de polvo*. Quito: Ministerio de Cultura y Patrimonio.

Laura Solórzano (1961). Escritora mexicana. Es profesora de narrativa y escritura creativa en el Centro de Arte Audiovisual.

Profundos regresos

Alfonso Barrera Valverde

Pero siempre la vida.
Salgo por las mañanas
olvidando la llave, los recuerdos
y al voltear una esquina me sorprende
tremendamente solo,
mas siempre sobrando uno,
mas siempre faltando uno.
Esa, la vida igual y sin remedio.
Por la calle y la puerta conocida,
pensando en ti y a ratos olvidándote.
Cuando vuelvo de noche, ya sin tiempo,
camino de mi cuarto y de tu nombre,
me duelen los hermanos en olvido,
compañeros de banca, de protesta,
de lluvias, de lección y de pisadas.
Y en la delgada calle y en el viento
que se deja llevar por una mano
y en ese poco de alma que es la música
filtrada por la luz de una ventana,
los hombres nada más, siempre la vida.
Y comprendo a los hombres. Y les amo.
Y comprendo a la vida. Pero la amo.

Tomado de Adoum, J. (1998). *Poesía viva del Ecuador*. Quito: Grijalbo Ecuatoriana.

Alfonso Barrera Valverde (1929-2013). Ensayista, narrador de ficción, novelista, poeta, jurista y diplomático ecuatoriano. Formó parte del Grupo Umbrales. Erudito de la cultura y las leyes.

